

ritu; pero algunas reflexiones fueron suficientes para hacerme conocer la necesidad de armarme de firmeza. Escribí á mi primo que vendiese mi hacienda y títulos de los señoríos, para formar la suma que injustamente se me pedia, prefiriendo recobrar pronto mi libertad, á luchar largo tiempo por razones de interes con una conjuracion, cuyas consecuencias justamente temia, y despues me entregué á la dulce idea de poseer pronto á Elisa sin contradiccion.

---

## CAPITULO X.

---

Yo creia que mis enemigos se contentarian con lo que habian emprendido contra mí, y que no inventarian otros medios de atormentarme: esperaba con mucha impaciencia el efecto de los cuidados de Eduardo, que á pesar de la muerte, que acababa de arrebatarse á su padre, no se descuidó en hacerme todos cuantos servicios dependian de él.

La enfermedad de mistriss Hanson tomaba todos los dias un carácter mas grave, y en menos de

un mes despues de la muerte de su marido, fue colocada á su lado : nueva víctima sacrificada al furor de nuestros comunes enemigos. Eduardo llegó, al fin, con toda la diligencia que exigia mi cruel posición y que le inspiraba su celo. Habia tenido muchas dificultades que vencer para realizar los fondos, y sospechaba que era la causa alguna nueva intriga de mis parientes. Hablamos sobre la pretendida nulidad de mi matrimonio; y viendo que yo no habia cambiado de modo de pensar con respecto á Elisa, me aconsejó, que al momento que hubiese recobrado mi libertad, me marchase á Escocia, y no volviese á esponerme al furor de mis enemigos.

Yo era enteramente del dictámen de Eduardo; pero mi tio, que pagaba muchos espías al rededor de mí, fue inmediatamente informado de mis proyectos: sin embargo, no se opuso á mi partida; y Eduardo, despues de haber prevenido á Elisa y á sus hermanas para que estuviesen prontas á marchar conmigo, vino por la noche á traerme la órden de mi libertad.

Nosotros fuimos al instante al cuarto que ellos ocupaban: el ardiente deseo que yo tenia de volver á ver á mi Elisa, de estrecharla en mi seno, y de sustraerla en fin para siempre de los males que mi amor habia acumulado sobre su cabeza, parecia darme alas. Al fin, llegamos: Sofia y

su hermana dan un grito de sorpresa al vernos, y nos preguntan con inquietud: «¿Qué accidente os ha obligado á volver tan pronto?»

— ¡A volver! exclamé yo: nosotros salimos en este momento de la prision. ¿Pero dónde está Elisa?

— Yo no lo sé, respondió Sofia espantada; yo no lo sé. ¡Ah, hermana mia! ¿qué será de nosotras? ¡Cómo! ¿se ha marchado y no la habeis visto?

— ¿Cuándo? ¿á dónde? exclamé yo lleno de admiracion y terror. ¡Qué rabia, qué horror!!! ¿Qué ha sucedido de nuevo? ¿á dónde? ¿con quién se ha marchado?» Yo estaba demasiado agitado para darles tiempo á responderme; pero mi primo supo de ellas

que un hombre embozado en una capa parda habia venido con una carta para Elisa, que dijo ser de nuestra parte, y la habia suplicado, por razones particulares, fuese al momento á una fonda que la indicaba, no siendo bastante segura nuestra primera cita. Convencida por este discurso y por la presentacion de un anillo que ella sabia me pertenecia (entonces conocí que me lo habian robado), de que el mensaje era realmente nuestro, no habia vacilado en seguirle.

Un frio mortal se apoderó al momento de mis miembros, y al mismo tiempo cubrió un sudor copioso todas las partes de mi cuerpo. Conociendo Eduardo la revolucion que sufría en mi espíritu,

me cogió una mano y me animó, aconsejándome volar sin perder tiempo sobre las huellas del raptor. Abracé á mis hermanas, y enagenado de dolor, me separé de sus brazos en medio del tormento que destrozaba mi corazon, y con tanta mayor pena, cuanta hubiera sufrido si hubiese previsto el mucho tiempo que transcurriria antes de volverlas á ver, y los trabajos que me estaban reservados.

Mi primo se encargó de hacer las mas eficaces indagaciones; y á fuerza de preguntar supo en otra fonda á donde fuimos, que una persona, tal como la describiamos, habia salido en posta con un hombre solo, y que habian tomado el camino de Lóndres.

Al momento tomamos caballos y nos pusimos en su persecucion; pero corrimos muchas millas sin poder descubrir cosa alguna; pues la oscuridad de la noche favorecia demasiado á la empresa del raptor.

«¡Primo mio! exclamé yo, perdiendo ya la esperanza de hallarlos, siendo tan desgraciado, la vida es para mí mas bien un peso insoportable, que un favor del cielo! No quiero ya abusar mas tiempo de tu amistad, y voi á continuar solo la persecucion del monstruo que me ocasiona tan cruel tormento: yo hallaré á Elisa ó pereceré.»

En vano trató de hacerme variar de resolucion, esponiéndome el peligro en que me ponía. Yo es-

taba armado de pistolas: enagenado de rabia, y metiendo las espuelas á mi caballo, me alejé á toda brida: el generoso jóven Ednardo queria seguirme; pero yo hice un rodeo y le perdí de vista á favor de la noche. Mi caballo, poco acostumbrado á un ejercicio tan violento, cesó ya de poderme llevar, y cayó; y habiendo yo caido debajo, me fue imposible volverme á levantar hasta el amanecer, en que un pastor me hizo la caridad de sacarme debajo del caballo que estaba muerto, y me llevó á su choza, donde su muger y él me curaron, prodigándome todos los cuidados imaginables.

No hallándome en estado de proseguir mi camino, escribí á mi

primo, y envié al mismo tiempo al pastor para tomar informes: este volvió en el mismo dia; pero todo lo que habia podido saber era que mi padre residia en Irlanda, y que Teodorico no habia vuelto á parecer en su casa desde la sentencia de mi proceso: de aqui deduje que temian los efectos de mi venganza, y aun empecé á dudar que mi tio fuese el autor del rapto de Elisa.

Eduardo vino á verme al momento que recibió mi carta; habia dejado en seguridad á sus dos hermanas, y no se separó de mí sin haberme prometido que no perderia un momento para descubrir donde estaba Elisa. Quedé solo, lleno de impaciencia, y con la pe-

na de no poderla satisfacer. Quince dias se pasaron asi sin poder tener ninguna noticia de mi amada, de la esposa de mi eleccion.

Algunos dias despues el criado de Eduardo me llevó una carta que se habia remitido á su casa con sobre para mí, y reconocí al momento la letra de Elisa: la abrí con precipitacion, y podeis juzgar la emocion que esperimenté leyéndola: Elisa, Elisa me escribia un eterno á Dios: declaraba no ser ya digna de mí; que un hombre, cuyo nombre no se atrevia á pronunciar, un mónstruo, habia triunfado de su resistencia, de sus fuerzas; que para lograrlo habia empleado la mas infame astucia, haciéndola tomar un licor que la em-

briagó; y que al despertar le habia hallado á su lado á este infame: en fin, ella me anunciaba que se habia desvanecido hasta la dulce esperanza de hacerme padre; que la criatura que llevaba en su seno, no habia visto la luz sino para perderla al momento, y que este era un delito mas que habia que añadir á los muchos que reclamaban la venganza del cielo contra mi tio.

La ira, la rabia y el horror que me destrozaban, no me permitieron sino con mucho trabajo concluir la lectura de una carta que hacia ya circular un veneno el mas activo por mis venas: sufrí menos aun por mí que por Elisa; y no sé cómo hubiera resistido á un golpe

tan horroroso, sin las continuas atenciones de aquel virtuoso Eduardo. Pasé horas enteras considerando el retrato de Elisa, en llenarle de besos y en bañarle con mis lágrimas; y estando entregado á esta contemplación, un movimiento de rabia, un sentimiento de venganza se apoderaron de mi ulcerado corazón: me fijé frecuentemente sobre esta última idea. ¿Pero contra quién? ¿Cómo vengarme? ¿Qué castigo bastante terrible podía yo hacer sufrir por semejantes crímenes? Todos los vínculos de la sangre habían cesado ya de existir para mí. ¿Qué podían influir para serenarme? ¿Podían volver la vida á Mr. Hanson, á su esposa? ¿Podían poner entre

mis brazos á mi Elisa sin mancha, como la habia dejado? ¿Podían volver á la vida al hijo de que me han privado? ¿Podían, en fin, borrar de mi memoria la larga cadena de males de que me habian rodeado?... No, de ninguna manera. Yo reflexionaba continuamente sobre los medios de ejercer mi venganza; pero todos aquellos que me ocurrían, me parecían demasiado suaves, comparados con los males que me inspiraban aquel deseo. La muerte, sí, la muerte sola me pareció debia ser el castigo de tantos y tan atroces crímenes; y esto por no poder hacerles sufrir mayor suplicio.

Yo sabia muy bien á lo que me esponia ejecutando semejante de-

signio; pero estaba ya cansado de vivir, y la cuchilla del verdugo nada tenia de terrible para mí. ¿Teodorico se habia hecho menos culpable que otro para mí, por ser tío mio? ¿Tenia yo menos motivo que otro para castigarle? Los calabozos, las cadenas, el suplicio no pueden ser temidos sino por el hombre que se conoce en su conciencia culpable; y yo, decia, voi á ejecutar un acto de justicia, librando á la tierra de un mónstruo que podia deshonorarla con nuevos crímenes: otro motivo me guiaba aun: yo conocia el orgullo de mi padre, sabia hasta qué punto se veria humillado, y maldeciria el momento en que me habia estrechado á cometer semejantes acciones.

¡De qué vergüenza no se veria cubierto cuando viese el nombre de Cyphon inscrito en la lista de los mas grandes criminales, y cuando el único vástago, la sola esperanza de su casa espirase en un patíbulo!!!

Tuve necesidad del tiempo y la reflexion para fortificarme en esta resolución; y vacilaba aun, cuando un pequeño acontecimiento acabó de destruir mis escrúpulos y de armar mi brazo contra el culpable. Un desgraciado, agobiado por los años, y su muger pidiendo limosna para subvenir con demasiada escasez á su subsistencia, se dirigieron á los inspectores de la parroquia donde residia mi tío, y de cuyo número era, para



obtener el permiso de dar el último suspiro en el obrador de caridad, no permitiéndole ya sus pies ir mas lejos. Estos señores nada podian decidir sin Teodorico, visto que los féretros de estos desgraciados hubieran costado tres ó cuatro chelines cada uno. Decidió, que como no pertenecian á la parroquia, no convenia concederles sino el corto socorro de costumbre á los pasajeros, y que por lo demas era preciso que volviesen á marcharse á su parroquia. Al salir de esta casa, el marido, tan debilitado por el hambre como por el peso de los años, cayó y se quebró una pierna: desde entonces tuvieron que dejarle y curarle; pero su desgraciada muger no pudo quedarse en su com-

pañía á pesar de sus esforzadas súplicas, y desde aquel mismo dia la obligaron á marcharse.

Este rasgo de inhumanidad que me refirieron, me irritó mas aun contra mi tio, y aumentó el deseo que tenia de vengarme inmediatamente. No pude menos de demostrar mi indignacion á mi primo que me lo habia contado; pero no le dije nada de mi proyecto, y me retiré para ir á reflexionar sobre los medios de ejecutarle.

Estaba resuelto á morir, y por consiguiente ninguna empresa era capaz de intimidarme; pero quise asegurarme ante todas cosas de lo que seria despues mi corta fortuna. Por consiguiente, escribí mi testamento, y dividí mis bienes en

tres partes iguales , entre las tres hijas de Mr. Hanson , estipulando que la parte de Elisa permaneceria intacta por espacio de siete años si se pasaba este tiempo sin tener noticia de ella. Dejé en casa de mi primo este testamento , y á mas una carta en que aseguraba estar resuelto á dejar la Inglaterra y ponerme al fin al abrigo del poder de mis enemigos.

Partí á media noche , fuí á Liverpool , y de allí pasé á Irlanda para que nadie pudiese tomar mis huellas : cambié allí mi nombre , estudié el idioma del pais , aprendí á imitar el acento , y volví á Inglaterra por el Northumberland: me habia disfrazado con un vestido de mendigo y una peluca , y

me habia dejado crecer la barba. Una cesta llena de papeles públicos , canciones y pastelillos que vendia en las poblaciones , me ayudó á atravesar el pais sin ser reconocido ; y de esta manera llegué hasta el centro de los estados de Teodorico.

Yo habia oido hablar de mí en el camino : se creia que me habia suicidado , y mas tranquilo mi tio por este ruido , habia vuelto á su palacio.

No pude menos de enternecerme cuando pasé cerca del sitio donde habia existido la casita de Mr. Hanson. Despues tomé el camino de la casa de mi padre : tenia aun el deseo de contemplar las acciones de este hombre bárbaro , que

de su propio antojo habia entregado á su hijo á una desgracia eterna. Entré en la casa , y me dijeron que el amo habia salido á visitar á un amigo : me introdujeron en la cocina , y allí repartí algunos pastelillos y papeles , entregándome á una alegría bien distante de mi corazon , lo que me valió algunas aclaraciones de que tenia grande necesidad. Una de las cosas que me causó mas inquietud, fue la costumbre que me dijeron habia tomado Teodorico hacia algun tiempo , de no salir nunca sin llevar dos criados, y de hacer guardar constantemente su palacio por dos centinelas; pero si sentia que semejantes precauciones pusiesen algunos ostáculos á mi proyecto,

nó me causaba pena por otra parte el saber que el terror de que estaba poseido era ya para él un principio de suplicio.

Desde la casa de mi padre fui á la de mi tio , donde logré , despues de mil súplicas , y á beneficio de mis vestidos , que me recibiesen los criados. Se me señaló un establo por dormitorio , y yo fingí quedar satisfecho de este asilo ; pero al momento que todo el mundo se retiró , salí y traté de introducirme en el cuarto de Teodorico , despues de haberme revestido de una librea que hallé al paso , y de haber arrojado á un pozo mi disfraz de pordiosero.

Antes de entrar me detuve un poco para reflexionar sobre la hor-